

duda, en uno de esos momentos en que el corazón se entenece fácilmente.

—Yo le creía más duro—dijo Brandón,—y resulta que es una sensitiva. Todos los días se aprenden cosas nuevas. En fin, pronto estaremos frente á Brindisi, y creo que ustedes preferirán pasar la noche en el puerto.

—Claro que sí. Se duerme mucho mejor estando anclados.

—Brindisi—dijo Derstal, después de un corto silencio,—¿no es la última escala que hacen ustedes en la costa de Italia?

—Sí, querido maestro. Y aquí va á ser preciso tomar una resolución. Ó continúa usted con nosotros hacia Atenas, ó desembarca para regresar á Venecia.

Antes que Derstal hubiese podido contestar, Susana le había mirado, y una ola de fuego había enrojecido su rostro. Harry dijo pausadamente:

—No hablemos de separación. Es la cosa más triste del mundo. Siempre nos queda una velada para pasarla juntos, y no debemos envenenarla con discusiones desagradables. Querida Susana, creo que deberías ir á ver si el pobre Jim, en su arrebató sentimental se ha tirado al mar. Para él también «llorar es más dulce que reir»; pero no debemos burlarnos. Yo quiero enseñarle á Derstal un coro de *Atala*.

Entretanto, Susana se había dirigido á la esca-

lera. Vestía traje blanco de lana, que modelaba perfectamente su esbelto talle y bien torneados hombros. Cruzó el puente envuelta en las sombras de la noche. La fresca brisa que venía de tierra estaba perfumada con aroma de silvestres flores. La joven se dirigió hacia proa, pues Jim gustaba de sentarse al pie del palo de mesana.

Susana le vió de lejos, con los codos apoyados en la borda y los ojos fijos en la espumosa agua que se formaba á los lados del barco. Estaba tan abstraído, que ni siquiera la oyó llegar. Con la mano cogió su brazo, y al volverse rápidamente y encontrarse frente á frente con la joven, bajó la cabeza y permaneció silencioso. Susana fué la que habló primero.

—Jim—le dijo con voz firme,—¿por qué huyes de nosotros? ¿Qué sucede?

Jim levantó la cabeza, y haciendo un esfuerzo para contestar, dijo:

—Lo sabes muy bien, Susana. ¿Por qué me lo preguntas?

—Te lo pregunto porque es indispensable que tengamos una explicación. Á mí no me gusta disimular; me gustan las situaciones claras. Una puñalada es preferible á cien alfilerazos. ¿No es ésta tu opinión?

—Sí—dijo el americano;—pero yo no esperaba esto, Susana. Tenía confianza en tu afecto, trabajaba para merecerlo, y entretanto.....

—Entretanto yo encontraba al señor Derstal.

¿No es esto lo que has querido decir?—agregó Susana con acento algo melancólico. Y, reponiéndose, añadió:—Sí, yo encontraba al señor Derstal, y mi destino cambiaba como mis ideas. Todo lo que había aceptado, apreciado y deseado, me pareció sin interés y sin encanto. Yo no era más que una niña cuando mi padre me destinó para tí, amigo mío, y consentí á ello con docilidad de niña. No conocía la vida, ni comprendía el alcance de las cosas ni el valor de los seres. Tenía los ojos vendados; en un instante la venda ha caído, y he visto lo que nunca habría podido sospechar: he conocido el amor. Ya debes comprender, Jim, que todo ha concluído entre nosotros, pues una mujer como yo no puede pertenecer más que al hombre que quiere.

—¡Qué dura eres, Susana! Yo sé y comprendo todo cuanto me dices; pero me es muy penoso tener que oírlo de tus propios labios. Tienes la precisión y la rapidez de una inteligencia americana, y la pones al servicio de sentimientos europeos. Es terrible tener que luchar con un adversario como tú; porque lo reñes todo: la energía de la raza nueva y la astucia de la vieja raza. Desprecias nuestras costumbres, nuestros trajes, nuestros gustos, que tanto te entusiasmaban otro tiempo, y has adoptado los sentimientos, las ideas y el modo de ser de las gentes en medio de las cuales vives desde hace un año. Todo ha concluído para mí, Susana, y no me queda más recurso que

ir á esconder mi dolor al otro lado del océano.

La joven fijó sus ojos con interés, no exento de ternura, en el rudo y leal Jim, y dijo:

—¿Tanto me querías, Jim? Nunca lo habría creído. Yo pensaba que preparabas una alianza de negocios provechosa para la casa Brandón y Compañía; pero no te suponía tan sentimental. ¿Por qué no me lo has demostrado antes?

—Susana, ¿cómo había de ser fácil que un hombre que vivía siempre en las minas ó en el despacho, y con el cerebro lleno de números, fuese á suspirar á tu lado? Además, ¿cómo me las habría compuesto para murmurar amores á tu oído, cuando yo estaba en Chicago y tu en París? No, el destino me ha sido contrario. No debía gozar la inmensa dicha de ser tu marido. Europa te ha estropeado, como á todas las que en ella han vivido. El viejo mundo está podrido, Susana; aun los mejores se apoltronan y corrompen en él. Tu padre no es el mismo hombre que antes, y tu....

Exhaló un suspiro, golpeó la borda con su vigorosa mano, y encogiéndose de hombros, añadió:

— Me marcharé; que seas dichosa, Susana, tanto como mereces serlo. Te quiero demasiado para no desearte felicidad completa, aun con un rival.

—Gracias, Jim; pero no nos separaremos tan tristemente. Prométeme que volveré á verte antes de mucho.

—No esperes que vuelva para asistir á tu boda. Sería pedirme demasiado.

—Corres demasiado, Jim. Yo no tengo compromiso alguno con el señor Derstal, y aun no se trata de matrimonio.

El rostro del americano cambió bruscamente; fijó en su prima una mirada penetrante, y exclamó:

—¡Ah! Entonces no está todo tan perdido como yo creía. ¿No has dado tu palabra á ese francés? ¿Quién te asegura que estará dispuesto á sacrificarle su libertad?

—Me comprendes mal, Jim—replicó Susana.—Para que el señor Derstal me siga hasta el otro extremo de la tierra, no tengo más que hacer una indicación.

—Está bien. Mañana me habré marchado.

—Jim, eres un hombre admirable.

—Sí, soy un hombre admirable, con el que no te casas; pero ya que en otro tiempo tenías confianza en mi juicio, permíteme que te hable con franqueza, y no creas, ni por un momento, que trato de arruinar el negocio de mi competidor: yo no creo que te llesves bien mucho tiempo con el músico; tiene un temperamento muy distinto al tuyo. Tienes una personalidad muy saliente; él también. En este momento, tu ideal está de acuerdo con el suyo: los dos soñais con el mismo fin artístico. Perfectamente; pero que sus gustos cambien, y que tú rompas la comunidad de ideas

con tu compañero, y en un instante la resistencia que él opondrá á la presión que trates de hacerle sufrir acarreará en tu existencia graves desórdenes, á los que será muy difícil poner fin. El sentimiento que te inspira tiene por base una admiración muy grande por su talento. Si por una ú otra causa esta admiración disminuye ó desaparece, ¿qué te quedará? Piensa en ello, Susana. Te lanzas á un mundo de fantasía, y en la tierra sólo puede tener buen fin aquello que es lógico.

—Siempre eres el hombre de negocios, Jim; y, en verdad, que no puedes hacerlo de otro modo. Mis ideas no se te alcanzan.

—Y por esto es precisamente por lo que me debo marchar—le contestó con tristeza.—Adiós, pues, Susana. No pienses más en mí.

Susana le tendió una mano, que él estrechó febrilmente. La joven se marchó, andando lentamente, y Jim vió en la obscuridad de la noche el traje blanco que poco á poco desaparecía, y se encontró solo, no oyendo más que el ruido del mar que azotaba los costados del barco, y viendo tan sólo el faro de Brindisi, que brillaba á lo lejos, y semejaba un ojo enorme entre las tinieblas.

Cuando á las diez de la siguiente mañana Derstal subió al puente, encontró que el yate había anclado en el puerto de Brindisi. El embarcadero del Lloyd austriaco ofrecía un golpe de vista animadísimo, que anunciaba una próxima salida. El vapor *Francisco José* se disponía á zar-

par con rumbo á Venecia y Trieste. La sirena hizo oír sus estridentes silbidos; en el muelle cercano á los *docks* sonaba una campana; los cargadores llevaban los equipajes al puente del navío. Un ligero ruido de tela y un vago perfume que flotó en el airè fueron causa de que Derstal volviese la cabeza. Vió á Susana cerca de él, vestida con un traje azul marino, y los hermosos cabellos cubiertos con una gorrita blanca. Tendiéndole una mano, le dijo sonriente:

—¿Presencia usted el embarque de los pasajeros?

—Sí.

—Pues bien; apartémonos un poco, pues mi primo Jim Stewardt está entre ellos, y seguramente no habría de serle agradable ver que nosotros presenciámos su marcha.

Poniéndose colorado como una amapola, Derstal se dejó llevar por la joven al otro lado del yate.

—¿El bote que esta mañana se ha echado al mar ha sido para llevarle á Brindisi?—preguntó Derstal.—He oído crujir las cuerdas y he visto bajar la embarcación por la ventanilla de mi camarote. ¿De modo que se ha ido? ¿Cuándo tomó esta resolución?

—Ayer noche, después de una conversación que tuvo conmigo.

Derstal fijó sus ojos en miss Brandón, la vió sonriente y tranquila, y, como á pesar suyo, preguntó:

—Su primo, ¿no era su prometido?

—Lo era; pero yo le he devuelto su palabra y he recobrado la mía.

—¿Y se ha ido?—repitió Derstal.—¿Se ha ido para no volver?

—Para no volver.

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Derstal; el corazón le palpitó con violencia, y pegándosele la lengua al paladar, le fué imposible pronunciar una palabra. Se dió cuenta de que en aquel momento iba á decidirse su destino, su felicidad y su gloria. Una repentina turbación oscureció sus ideas, y le pareció que una espesa bruma le envolvía y que perdía la noción de sí mismo y de lo que debía hacer. Iba á verse precisado á tomar una gravísima resolución, y en aquel preciso momento no sabía en qué sentido decidirse. Todas sus ideas carecían de fuerza y todos sus razonamientos se presentaban tumultuosos y confusos en su cerebro. No se daba cuenta de lo que era justo y bueno, y oía solamente en su interior algo así como un gran rumor, en el que se destacaban claras, sonoras y vibrantes estas solas palabras: «¡La fortuna, la fortuna!» Permaneció inmóvil y callado; sin embargo, se dió cuenta de que era preciso decir algo para no quedar en ridículo. Hizo un esfuerzo para dominarse; pero no lo pudo conseguir. Únicamente dijo:

—¿Qué han pensado sus padres de esta ruptura?

Susana, sonriendo con la misma tranquilidad de antes, respondió:

—Mis padres han pensado que Jim y yo no estábamos de acuerdo. Además, yo soy la única dueña de mis sentimientos, y tanto mi padre como mi madre tienen demasiada confianza en mí para no dejarme completamente libre para elegir.

—Sin embargo, ¿usted someterá á su juicio la elección que haga?

—Sin duda alguna; pero tengo la seguridad de que está ratificada de antemano.

—Entonces, ¿está usted decidida? —preguntó Derstal con voz temblorosa.

Susana se puso á reír, se encogió de hombros, y moviendo la cabeza con coquetería, dijo:

—Á usted es á quien hay que preguntárselo. ¿No hablaba usted anoche de desembarcar en Brindisi para regresar á Venecia, dejándonos solos para que continuásemos nuestro viaje? Pues bien: ahí está Brindisi; apenas nos separan quinientos metros del muelle, y el bote está aún amarrado á la escalera del yate. ¿Quiere usted ir á reunirse con Jim en el buque que va á salir para Trieste? Si lo desea usted, aún es tiempo, pues aún tardará una hora en zarpar. Jim se alegrará mucho viéndole llegar. ¿Qué le detiene?

Derstal palideció. Una fuerza invencible le empujó hacia la joven; fijó en ella sus turbados ojos, y con voz entrecortada contestó:

—¿Qué me detiene? ¿No lo sabe usted?

Con una alegría que disimulaba mal su emoción, Susana replicó:

—Sospecho que soy yo. Pero me gustaría oír que al fin se decide usted mismo á decirlo.

—Sí, es usted—dijo Derstal con una pasión que repentinamente se desbordó en sus miradas y en su voz, iluminando su rostro.—Usted, por quien olvido mis compromisos más sagrados, mis más imperiosos deberes, y que triunfa también de mis sueños y de mis esperanzas. Porque usted me ha llevado lejos de mi trabajo, que debería encadenarme y que he abandonado para seguirla.

—¡Ah!—dijo Susana.—Es muy justo que haga usted algún sacrificio. Y sepa bien que no le complacezco demasiado al verle viajar en un hermoso barco, rodeado de personas que no piensan más que en complacerle y que no le privarán de trabajar si es que esto le conviene, pues gustan mucho de su música y gozarán lo indecible oyéndola antes que los demás. El cielo es azul, el mar hermoso. Usted verá lo deliciosamente que el tiempo pasa en las islas del archipiélago griego y luego en las costas de Asia. La inspiración no le faltará, y usted podrá terminar su obra maestra.

—¿Será digna de usted?

—Sí, si la hace usted para mí. Estaré orgullosa de tener una parte en sus triunfos. Nosotros los americanos, preferimos la acción á todo lo demás, pues la acción es la misma vida, y todas las acciones de la vida nos parecen importantes. La

acción conduce á la grandeza, y no hay nada tan hermoso como lo que es grande.

Estas palabras, que sintetizaban tan completamente el carácter entusiasta de la joven, en la memoria de Derstal resonaron, haciendo surgir el recuerdo de las que tantas veces había oído á Lavirón haciendo el elogio de la gloria. Era la misma tendencia, la misma fe, el mismo orgullo. Encontraba en Susana la idea directriz que lo subordinaba todo á la fama. Únicamente que no era preciso, como decía el crítico, seguir por un camino áspero, estrecho y azaroso para llegar á la gloria. A él se le ofrecía otro, ancho, tranquilo y alegre. Los pies no tenían que lastimarse con piedras y espinas; hollarían aromáticas flores; en las revueltas, la envidia, el odio y la calumnia no estarían escondidas, tendiendo siniestras celadas. Ningún peligro, ninguna dificultad serían de temer, y la benevolencia de los hombres estaría dispuesta á manifestarse tanto más desbordante, cuanto que estaría de acuerdo con su interés.

Le pareció á Derstal que, como nuevo argonauta, salía á conquistar un toisón de oro, cien veces más brillante y más rico que el que llevó á Jasón á las riberas de Colcida.

El barco estaba bajo sus pies; él hollaba el puente, y la maga que debía disponer de su vida estaba ya á su lado imponiéndole su voluntad, inspirándole su deseo. Pensó: «Si debo llegar al fin, ¿qué puede importar el camino que elija? El

sufrimiento, la tristeza y la duda, ¿han de ser los compañeros indispensables del viajero que camina hacia un ideal artístico? ¿No hay en las exigencias de Lavirón una mezquina remembranza de la bohemia antigua, y las privaciones han de formar parte intrínseca del traje del artista? Toda esta palabrería y toda esta intransigencia son algo ridículas. Se puede tener ideas y vivir como los demás. El genio no ha de ser el hijo obligado de la miseria.» Ante sus ojos, que estaban fijos en el horizonte, y como formada por ligera niebla, se levantó una figura más definida á cada momento, y reconoció á Eva, que lentamente se dirigía hacia él. Estaba coronada de flores, como Ofelia antes de hundirse en el abismo adonde la llevó su amor. Hizo un gesto para atraer á Derstal, y en aquella llamada había tanta tristeza, que el compositor sintió que se le oprimía el corazón. Encolerizado, pensó: «¡Cómo! ¿Hasta aquí me persigue? ¿No estoy desquitado ya con ella? Me debe su reputación. ¿Estoy unido á ella para siempre por los lazos de una labor común? Cada uno de nosotros ha trabajado para el otro; pero ella es libre, y yo lo soy también. ¿Sería preciso que toda mi vida permaneciese unido á esta primera afección, y tuviese que renunciar á todo lo que la existencia me ofrece de nuevo y de atractivo?.....» La forma femenina que flotaba sobre las olas, y que casi se había convertido en un foco de luz, volvió á desdibujarse repentinamente; se

desvaneció poco á poco como una niebla ligera, y Derstal sólo vió en el mar á las blancas gaviotas que revoloteaban con su vuelo silencioso y melancólico.

—Bien—dijo miss Brandón, volviéndose hacia su compañero.—No podrá usted acusarme de haberle interrumpido en sus reflexiones. Hace muy cerca de un cuarto de hora que medita usted á mi lado, sin que, al parecer, se acuerde de qué le había hecho una pregunta, de la que dependía su porvenir y el mío. Es preciso que no olvide que está tratando con una americana, y que los sueños no son ciertamente lo más oportuno. Por un momento debe usted ser positivo y práctico. Cuando su resolución esté tomada, podrá ponerla en música, si quiere, y espero que la cantaremos juntos. Derstal sonrió.

—Susana, acaba usted de definir exactamente nuestra situación. De un lado el ensueño, representado por mí; del otro la acción, representada por usted. Dos razas distintas; dos caracteres opuestos....

—Y una afección sincera para servir de lazo—dijo Susana con voz grave.

La joven tendió una mano. Derstal la estrechó entre las suyas, y acercándose á la joven, y bajo la caricia de un sol matinal y ante las olas azules, cambiaron un beso.



SEGUNDA PARTE

I

—Oliverio, vámonos, porque si no vamos á llegar tarde.

—Querida mía, tenemos tiempo sobrado, pues no son más que las ocho y media, y por pronto que levanten el telón, no será nunca antes de las nueve.

—Sin duda; pero no quisiera llegar estando el teatro lleno.

—Pues vamos; ya estoy dispuesto.

En su lujoso tocador, tapizado de seda gris con *panneaux* de arce barnizado y alumbrado por lámparas eléctricas, el compositor acababa de vestirse. Con traje descotado, y más hermosa que nunca, Susana se disponía para asistir con su marido á la primera representación de *Atala*, la obra de su hermano Harry, en el teatro de Arte